

EL BARCO  
DE VAPOR

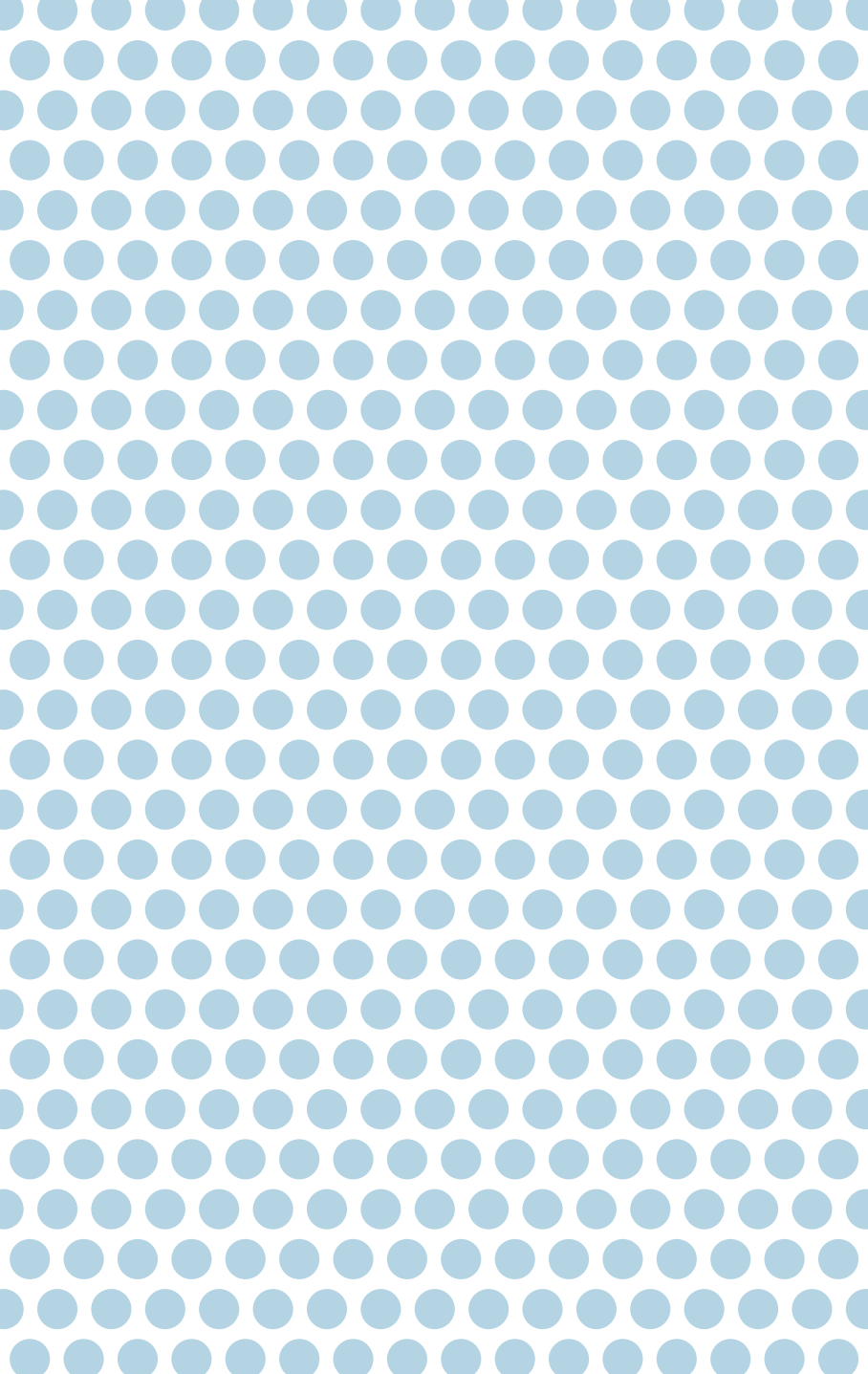
# Llueve

## Paloma Muiña

Ilustraciones  
de Kike Ibáñez



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Llueve

Paloma Muiña

Ilustraciones de Kike Ibáñez



Primera edición: abril de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Paloma Muiña, 2016  
© de las ilustraciones: Kike Ibáñez, 2016  
© Ediciones SM, 2016  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

**ATENCIÓN AL CLIENTE**

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-8735-7  
Depósito legal: M-5364-2016  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis amigos de entonces.*

*A los que aún lo son.*

*Al Menor. Al Mayor.*

*A los mejores atardeceres.*

*Por aquellos veranos...*



# ● 1

## LLUEVE

–LLUEVE.

–Sí.

María y Paula miraron hacia afuera con aire triste y siguieron cenando. Despacio, muy despacio, no había prisa. Total, qué se puede hacer un martes a las ocho de la tarde, en verano, en la playa, si llueve.

Ni siquiera tenían paraguas, ni botas de agua. Solo chanclas y bañadores.

Un trueno resonó en la distancia y Paula sintió un escalofrío.

–Llueve, niñas. No podéis salir a jugar  
–dijo Marga, la madre de Paula, asomando la cabeza por la cocina.



María levantó los ojos al cielo.

Paula refunfuñó.

–No, si ya...

Pero Marga no se enteró. Estaba cerrando las ventanas del fondo porque soplaba lebeche, y el viento había recogido toneladas de arena de playa y las estaba metiendo por todas las rendijas de la casa.

–Podemos ir a buscar a Ñaco –propuso María.

Paula miró a su prima con cara de fastidio.



Y luego la miró otra vez.

Y otra.

–Vale, vale... –murmuró María, dándose por vencida.

A Paula no le caía bien Ñaco. Pensaba que su récord de decir la palabrota más larga del mundo era una estupidez. Y tampoco le gustaba su manía de hacer aguadillas.

–Bueno. Entonces, ¿qué? –dijo María–.  
¿A por Carolina?

–Seguro que no nos dejan cruzar hasta la otra plazoleta bajo la lluvia –refunfuñó Paula.

–¿Y Javi?

–Se ha ido con sus padres. Le vi metiendo la maleta en el coche.

Antonio, el padre de Paula, apareció por la cocina con el pelo revuelto.

–¿Qué hacéis? –preguntó. Luego miró por la ventana y exclamó–: ¡Está lloviendo!

María levantó los ojos al cielo.

Paula refunfuñó:

–No, si ya.

–Están aburridas porque no se pueden bajar a bañar... –dijo Marga entrando de nuevo en la cocina

–Poneos a leer –propuso Antonio.

–No me apetece –contestó Paula arrugando la nariz.

–Pintad.

–No tenemos colores.

–Jugad al parchís.

–Pero ¿¡qué dices!?

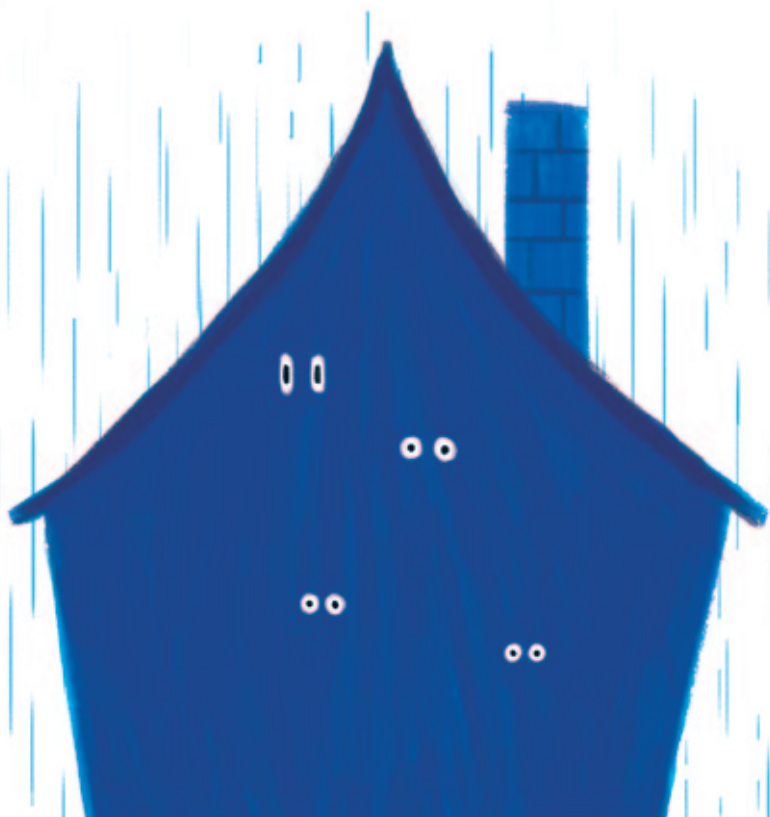
Paula estaba convencida de que el parchís era el juego más aburrido del mundo.

–¿A la oca? –siguió intentándolo Antonio.

–¿Podemos ver la tele? –preguntó María.

Justo en ese momento, sonó un chisporrotazo y todo se quedó a oscuras.

No había tele. Ni nevera. Ni luz en el baño. Aún no había anochecido, pero el cielo estaba tan negro que apenas veían lo que tenían enfrente.



–No toquéis nada –dijo el padre de Paula–.  
Creo que ha sido un corto, por la tormenta.

–¿Un corto? –preguntó María.

Y en ese momento imaginó a un señor muy tonto muy tonto cortando con unas tijeras el cable de la luz.

–Un cortocircuito –le aclaró Paula.

Y en ese momento, María se imaginó a un robot asesino cortando cables de luz.

–Algún rayo habrá alcanzado una torreta y un pico de tensión nos ha dejado sin luz –explicó la madre de Paula.

Y ahí María no se imaginó nada, porque no había entendido una palabra.

Pero la cosa debía de ser muy grave, porque no solo ellos estaban a oscuras, sino la urbanización entera. Paula y María, asomadas a la ventana, no lograban ver ni una sola luz alrededor. Solo los barcos, anclados a varios metros de la orilla, parecían brillar con sus pequeñas lámparas bailando al son del mar.